

¿Es correcta la ruptura de Italia con el pasado?

DOUGLAS A. WERTMAN

Las elecciones parlamentarias de este año en Italia fueron testigo del surgimiento espectacular de un conjunto de partidos y de políticos totalmente nuevos. Aunque en general se piensa que se trata de la limpieza sana y democrática de un sistema político esclerótico, los agentes del cambio preocupan a algunos observadores a causa de su cariz derechista. "Queda por ver a dónde conducirá el prolongado proceso de reforma".

En el medio siglo transcurrido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, Italia ha vivido cambios sociales, culturales y económicos arrasadores, pero a la vez, poco es lo que ha cambiado en el sistema político. El sistema de partidos instalado a fines de los años cuarenta permaneció prácticamente intacto hasta hace poco y los electores italianos disponían de opciones muy similares en las elecciones parlamentarias. Un partido —la Democracia Cristiana— estuvo en todos los gobiernos de la postguerra y en 42 de los 49 años siempre ocupó el cargo de primer ministro alguno de sus miembros. Hasta mayo de este año, diversas combinaciones de demócrata cristianos y sus aliados —los tres pequeños partidos centristas (republicanos, socialdemócratas y liberales) y desde principios de los años sesenta, los socialistas— gobernaron en todos los gabinetes.

A diferencia de otras democracias de Europa Occidental, en Italia nunca hubo alternancia en el poder; el segundo partido en tamaño (los comunistas, que desde 1991 se red denominaron Partido Democrático de la Izquierda o PDS) no ha estado en el gobierno desde 1947. En el seno de los partidos, ha habido un cambio limitado y gradual de las élites políticas, sobre todo en el caso de los demócrata cristianos, pero aun así, el partido se mostró incapaz de reformarse después de dos décadas de debate interno. Las instituciones políticas italianas también siguieron intactas. Y hubo una constante definitiva: en las últimas décadas, la política del país ha estado acribillada de comisiones y recompensas sistemáticas que se han usado sobre todo para financiar a las organizaciones partidistas que han dominado el escenario de la posguerra. Ahora, en buena medida todo esto ha cambiado. En los últimos años se han formado una serie de partidos nuevos (entre los más importantes se cuentan la Liga del Norte a fines de los años ochenta y Forza Italia, o Animo Italia, en 1994). Los partidos gobernantes tradicionales se han derrumbado y en muchos de los casos han desaparecido. Tres de los partidos que hasta ahora no habían gobernado Italia, dos de ellos recién fundados, han sustituido a los partidos gobernantes tradicionales. Ha habido un cambio sustancial de las élites políticas, con más del 80% de los miembros del Parlamento recién elegidos en los años noventa y el 72% sólo en 1994. Se ha extirpado la corrupción, pero a pesar de todo queda mucho por cambiar. Aparte del sistema electoral, las instituciones políticas siguen siendo las mismas, muchas de las prácticas políticas aviesas continúan y la transformación del sistema de partidos dista de estar consumada.

¿Por qué el cambio ahora?

Los sondeos de las últimas décadas han revelado una insatisfacción pública creciente y sustancial con el modo en que había sido gobernado el país. A pesar de todo, los intentos de reforma no llevaron a ninguna parte, sobre todo debido a la resistencia de las fuerzas políticas establecidas. Dado que durante casi medio siglo han tenido lugar tan pocos cambios, la pregunta fundamental es por qué en los años noventa ha comenzado por fin un auténtico cambio del sistema.

En primer lugar, el fin de la guerra fría contribuyó a conmover los cimientos de la estructura política italiana de la postguerra. Las divisiones de la guerra fría sirvieron como importante característica definitoria del sistema de partidos italiano y el anticomunismo fue una fuerza clave para el apoyo a los demócrata cristianos. Muchos electores no de izquierda toleraron mucho tiempo la corrupción y la ineficiencia porque creían que eran un mal necesario para proteger del comunismo el lugar de Italia en el marco de la seguridad y la economía occidentales. El fin de la guerra fría no significó necesariamente que la izquierda iba a ganar poder, pero sí significó que el candado en el poder por parte de los partidos que habían gobernado Italia ya no era seguro.

En segundo lugar, a principio de los años noventa hubo un desencanto profundo y cada vez mayor con un sistema político y unos partidos gobernantes incapaces de llevar a cabo la reforma institucional ni de abordar con eficacia el crimen organizado, los malos servicios públicos y los prolongados problemas económicos como el desempleo de doble dígito, un déficit en el presupuesto y una deuda nacional enorme. Además, las investigaciones cada vez más amplias realizadas sobre la inmensa corrupción pública desacreditaron aún más a los partidos establecidos y crearon un resentimiento popular profundo contra las élites gobernantes. Hacia mediados de este año, más de 6,000 políticos, burócratas y empresarios habían sido acusados o estaban bajo investigación. Aunque ya se suponía que la corrupción política era común, estas investigaciones revelaron que era mucho mayor de lo esperado. Los magistrados de la parte acusadora deslindaron su independencia del control político desde el comienzo y han sido importantes protagonistas del cambio político del país.

La presión por la reforma se ha acelerado mucho con el crecimiento de movimientos dispuestos a aprovechar directamente el descontento popular mediante el uso del *referéndum* como herramienta para el cambio institucional, evitando con ello al Parlamento y a los partidos establecidos. Los *referenda* de junio de 1991 y de abril de 1993 relativos al sistema electoral -tema central desde hacía tiempo en el debate sobre la reforma de las instituciones políticas italianas- demostraron el amplio apoyo público al cambio.

Por último, por primera vez en el norte de Italia en las elecciones de 1992 y en todo el país en las elecciones de 1994, se ofreció a los electores no de izquierda auténticas alternativas a los partidos establecidos. Estas alternativas incluían partidos nuevos como la Liga del Norte y Forza Italia y una antigua alternativa que se ha vuelto más aceptable para números considerables de electores conservadores: la Alianza Nacional/Movimiento Social Italiano. Estas alternativas se desarrollaron, y no fue coincidencia, en el mismo momento en que los partidos gobernantes italianos pasaban por una profunda crisis.

El inicio del cambio

En Italia, las últimas décadas se han caracterizado por un desarrollo político dramático tras otro. La primera señal importante del deseo cada vez mayor de cambio fue el *referéndum* de junio de 1991. Casi el 96% de los votantes apoyaron la iniciativa del movimiento de reforma de pasar de los votos de preferencia múltiple a única en las elecciones para la Cámara de Diputados, la cámara baja del Parlamento, a pesar de la oposición de muchos dirigentes de partido. Aunque éste fue un aspecto relativamente secundario del sistema electoral, 63% de los electores italianos votaron en el *referéndum*. La importancia de la asistencia a las urnas no consiste en la modificación particular del sistema electoral sino en el arrasador apoyo popular al cambio.

Además, las investigaciones "manos limpias" realizadas por el poder judicial salieron a la luz pública en febrero de 1992 con el arresto en Milán de Mario Chiesa, un socialista implicado en un programa de comisiones ilegales. Estas investigaciones tuvieron una repercusión sólo restringida en las elecciones de abril de 1992, en parte debido a que Antonio Di Pietro, el magistrado más prominente del equipo, decidió ir con calma hasta después de las elecciones para evitar ser acusado de tratar de influir en ellas. Sin embargo, las elecciones tuvieron una importante repercusión en la vida política a partir de entonces, ya que la mayoría de los involucrados procedían de los dos partidos más numerosos desde hacía tiempo en el gobierno, demócrata cristianos y socialistas. Muchos antiguos dirigentes de alto rango, incluidos primeros ministros, han sido implicados y han abandonado la política. La mayoría aún espera juicio, pero algunos, como el antiguo primer ministro Bettino Craxi, ya han sido declarados culpables.

Las elecciones parlamentarias de 1992 representaron un voto de no confianza a la mayoría gubernamental existente, sobre todo en el norte. Las urnas fueron testigo del mayor viraje en los votos individuales desde 1948. Aunque no tuvieron por resultado de inmediato un espectacular cambio político, las elecciones fueron otro signo clave de que la política tradicional que había durado tanto tiempo estaba próxima a su fin. El partido de la Democracia Cristiana obtuvo todo el tiempo un 29.7% de los votos y el Partido Demócrata de la Izquierda disminuyó su participación un 10% desde las últimas elecciones, descendiendo a poco más del 16%. La Liga del Norte -una combinación de diferentes movimientos regionales del norte- obtuvo casi el 9%, una enorme ganancia respecto al 1% obtenido en 1987 por ligas aparte en una serie de regiones del norte.

La Liga del Norte dio a sus electores la oportunidad de mostrar su descontento con el estado de cosas del país y también de expresar su deseo de una autonomía regional mucho mayor (en general con una estructura federal, aunque algunos de sus defensores más extremos e incluso algunos de sus dirigentes principales llamaron a la división de Italia). La Liga también adquirió a veces un cariz antisureño, sobre todo en los ataques al modo en que los impuestos y el gasto gubernamentales redistribuían recursos públicos cuantiosos

del norte al sur, y en las quejas de que el Estado italiano, **que** solía estar dominado por políticos del sur, era un lastre para el norte, dinámico económicamente. Después de los éxitos iniciales de la Liga en las elecciones regionales y locales de 1990-1991, los partidos establecidos se negaron a formar gobiernos de coalición locales con ellas. Este rechazo a aliarse con las ligas continuó a lo largo de las elecciones locales de 1993.

El Partido Comunista Italiano había trabajado durante años para transformarse en un partido que fuera considerado una alternativa democrática legítima tanto dentro como fuera de Italia. Después de alcanzar un punto máximo de 34.4% de los votos en las elecciones parlamentarias de 1976 y aun así no lograr entrar en el gobierno como parte, o bien de la coalición de izquierda o bien de una gran coalición, en 1987 los comunistas vieron declinar su fuerza electoral a 26.6%. El gobierno de coalición de centro-izquierda siguió permaneciendo en el poder en los años ochenta y principio de los noventa, dejando a los comunistas aislados políticamente e incapaces de diseñar una estrategia para salir de esto. Cuando en 1988 Achille Occhetto se convirtió en secretario del Partido, trató de transformar el grupo en un partido moderado y reformista. A la vez, enfrentó una fuerte oposición por parte de los que consideraban que el vínculo con la herencia comunista del partido era importante. Cuando en 1991 se llegó a la decisión de que cambiara su nombre por el de Partido Democrático de la Izquierda o PDS, un grupo numeroso del ala más izquierdista del partido formó Renovación Comunista. La combinación de la relegada transformación del antiguo partido y la absorción de votos por Renovación Comunista resultó en una grave derrota para el PDS en las elecciones de 1992.

Entre las elecciones de 1992 y de 1994 hubo dos gobiernos, el primero desde junio de 1992 hasta abril de 1993, encabezado por el socialista Giuliano Amato, y el segundo, ese mismo mes, encabezado por Carlo Azegli Ciampi. Ambos gobiernos marcaron el comienzo del cambio aunque tanto uno como otro se basaron en la fórmula tradicional de la coalición. El gobierno de Amato redujo el número de cargos y de subsecretarías en el gabinete y unos cuantos puestos, incluido el clave de la Tesorería, fueron asignados a no políticos. El gobierno Ciampi -el primero desde las elecciones para la Asamblea Constituyente de 1946 no encabezado por un miembro del Parlamento- concedió una independencia considerable a su jefe en la selección del gabinete, que incluyó a ocho no políticos además de al propio Ciampi.

Ambos gobiernos fueron recompensados con calificaciones bastante buenas de los observadores externos por sus políticas económicas, incluidos sus esfuerzos por combatir el déficit del presupuesto, dar al Banco de Italia poderes más independientes en política monetaria e impulsar la privatización de las empresas públicas. Ciampi desempeñó un papel clave en acicatear al Parlamento para la reforma del sistema electoral para la Cámara de Diputados. No obstante, ambos gobiernos eran en buena medida un espectáculo secundario en el frente político por la subsistencia de la vieja clase política.

En abril de 1993, 76% de los italianos acudieron a votaren seis *referenda*, todos los cuales fueron aprobados y muchos de ellos abordaban cambios institucionales, incluida la abolición de tres ministerios y que se pusiera fin al financiamiento público a los partidos. Pero el más importante con gran diferencia fue el *referéndum* sobre el sistema electoral para elegir al Senado: 82% de los votantes apoyaron el cambio. Muchos habían atribuido al preciso programa de representación proporcional utilizado para seleccionar a los miembros del Senado y de la Cámara de Diputados la proliferación de partidos pequeños y los gobiernos inestables.

Los sondeos mostraron que muchos italianos no estaban bien informados sobre los detalles del sistema electoral, pero todos lo entendieron como un voto a favor del cambio político. Patrocinado por el movimiento reformista dirigido por el representante demócrata cristiano Mario Segni, también fue importante porque aumentó enormemente la presión sobre los partidos tradicionales a cambiar el sistema electoral de la Cámara de Diputados. Después de un difícil debate, en agosto de 1993 el Parlamento aprobó un sistema para la Cámara de Diputados que disponía que tres cuartas partes de los miembros fueran elegidos por pluralidad en distritos de miembros únicos y una cuarta parte por representación proporcional. El movimiento de reforma también impulsó el cambio en el sistema electoral utilizado en poblaciones y ciudades y de hecho había reunido más de las 500,000 firmas necesarias en peticiones para que se celebrara un *referéndum* sobre el método de elección de alcaldes, que también se votó en abril de 1993. Bajo presión para evitar el *referéndum* sobre este tema, el Parlamento aprobó un nuevo sistema para la elección directa de alcaldes en comunidades con 15,000 o más habitantes, con una carrera final dos semanas después de la primera vuelta entre los dos candidatos que obtuvieran la mayoría de los votos si ningún candidato obtenía la mayoría absoluta. En este sistema es de importancia clave la capacidad de formar alianzas con otros partidos.

Elecciones locales importantes en junio y después en noviembre y diciembre de 1993 fueron testigo de una serie de desarrollos importantes. Los demócrata cristianos descendieron del 29.7% sin precedentes que obtuvieron en las elecciones parlamentarias de 1992 a alrededor del 20% en las elecciones locales de junio de 1993, y a sólo el 11% en las de noviembre. En junio, el partido perdió sobre todo en el norte, pero en

noviembre también sufrió importantes pérdidas en las urnas en el sur, donde creía que iba a seguir acopiando apoyo. A los otros partidos gubernamentales tradicionales tampoco les fue bien en esas elecciones locales.

Tanto en las de junio como en las de noviembre, la izquierda ganó la mayoría de las alcaldías, sobre todo en las poblaciones grandes y en las ciudades, porque formó amplias alianzas y los demócrata cristianos y otros partidos no lograron hacer lo mismo. Aunque el PDS fue considerado vencedor en estas elecciones por el gran número de alcaldías que obtuvo, esto se debió más a su estrategia de alianzas que a su imagen. La Liga del Norte fue el partido más popular en las cinco ciudades más importantes del norte (Génova, Milán, Trieste, Turín, Venecia) donde las elecciones se celebraron en junio y en noviembre; y también le fue bien en muchas de las poblaciones y ciudades más pequeñas del norte, obteniendo muchas de las alcaldías. Sin embargo, de las cinco ciudades grandes ganó la alcaldía sólo en Milán debido a su incapacidad para aliarse con otros partidos. El resultado más sorprendente fue el éxito del Movimiento Social Italiano (MSI), neofascista, en las elecciones de noviembre, sobre todo en el sur. El MSI fue el único que obtuvo muchos de los votos tanto en Nápoles (31.2%) como en Roma (30.9%); quitó una cantidad considerable de votos a los demócrata cristianos y obtuvo muchos más votos que los que había obtenido hasta entonces en cualquier elección local o parlamentaria.

¿El giro correcto hacia la reforma?

A principios de 1994, los cinco partidos gubernamentales tradicionales estaban en graves apuros y era probable que sufrieran grandes pérdidas en las próximas elecciones parlamentarias de marzo. Los demócrata cristianos, después de no haber logrado llevar a cabo una auténtica reforma interna, en enero se disolvieron y crearon el Partido Popular Italiano (PPI), una DC algo cambiada, sin tantos de los dirigentes del pasado. Parecía claro que la izquierda ocupaba la posición más fuerte, basada en su capacidad para formar una coalición y la falta de cualquier otra de oposición, y era probable que ganara una mayoría absoluta. A los dos partidos no de izquierda que entonces parecían más fuertes -la Liga del Norte y el MSI- se esperaba que a ambos les fuera bien por separado, pero era poco probable que entraran en alianzas con otros partidos. Entre un bloque cuantioso de electores conservadores, sobre todo en el sur, el MSI había superado su estatuto de paria y se había convertido en una alternativa aceptable para muchos de los que previamente habían votado por los demócrata cristianos y por los pequeños partidos del centro.

A medida que se acercaban las urnas, el nuevo sistema electoral era clave en estas consideraciones. Con tres cuartas partes de los escaños correspondientes a cada una de ambas cámaras del Parlamento elegidas por pluralidad en distritos de miembros únicos y sólo una cuarta parte por el antiguo sistema de representación proporcional, para ganar era crucial construir alianzas electorales con otros partidos. Silvio Berlusconi y el ingreso de su partido Forza Italia a la política se pueden explicar en el contexto del método electoral cambiado y por una situación en que parecía probable que ganara la izquierda, los partidos gobernantes tradicionales estaban en plena confusión y a los dos partidos de protesta (la Liga del Norte y el MSI) se esperaba que les fuera bien, pero seguían aislados.

Silvio Berlusconi es uno de los ciudadanos más ricos de Italia; hasta que entró en la carrera este enero, encabezaba un consorcio de medios de comunicación y de venta al menudeo, Fininvest. Y lo que es más importante aún, el grupo de Berlusconi abarcaba las tres redes de televisión privada más

importantes de Italia, además de considerables consorcios de revistas y periódicos. Berlusconi también es el propietario del equipo de fútbol profesional Milán AC. A modo de preparación para una posible incursión en la política, en los últimos meses de 1993 Berlusconi había reunido en todo el país cientos de clubes de Forza Italia; estos clubes seguían el modelo de los de *fans* que en todo el país apoyaban a su equipo de fútbol. El 26 de enero, sólo dos meses antes de las elecciones, Berlusconi anunció su candidatura y la vinculó directamente con la posible victoria de la izquierda que, según dijo, no había cambiado, y con la incapacidad del centro y la derecha para unirse. Berlusconi empezó la brega para formar alianzas, reunir sus listas de candidatos e iniciar su campaña. El PPI no estaba dispuesto a aliarse con Berlusconi. En realidad, en las elecciones locales de 1993, el PPI, lo mismo que su predecesor, el Partido Demócrata Cristiano, no logró organizar ninguna coalición electoral amplia y terminó en una alianza sólo con la pequeña agrupación centrista de Mario Segni. Berlusconi tuvo entonces la habilidad de reunir a la alianza victoriosa. A principios de 1994, el MSI cambió su nombre por el de Alianza Nacional como parte del esfuerzo de su dirigente, Gianfranco Fini, de modificar la imagen de lo que él reivindicaba que era un nuevo partido, no "neofascista" sino "posfascista". Fini también había agregado a su partido a algunos conservadores no MSI, incluido un pequeño número de antiguos demócrata cristianos.

Fini, que en las elecciones de noviembre había estado a punto de ganar en su carrera para alcalde de

Roma, trataba de superar el bagaje de casi 50 años en los que el MSDI había estado totalmente fuera del poder a nivel nacional y local. Intentaba llevar a cabo la legitimación democrática de su partido en un breve lapso, algo que el Partido Comunista y su sucesor, el PDS, no habían logrado del todo después de varias décadas.

A pesar de todo, Umberto Bossi, el dirigente de la Liga del Norte, seguía sin estar dispuesto a considerar la formación de un equipo con la Alianza Nacional. Berlusconi logró entonces formar alianzas aparte en el norte y en el sur, una jugada práctica ya que toda la fuerza de la Liga del Norte estaba en el norte y mucha de la fuerza de la Alianza Nacional estaba en Roma y más al sur. En el norte, en una concesión para ganarse el asentimiento de Bossi, Berlusconi acordó que la Liga obtuviera el 70% de los escaños que ganara la alianza en común; como es lógico, en aquel momento el futuro electoral de Berlusconi seguía siendo incierto, mientras que en los tres años anteriores la Liga del Norte había salido bien librada en las elecciones. El partido de Berlusconi se unió con la Alianza Nacional en el sur, mientras que en el norte, la Alianza Nacional corrió su propia suerte por separado.

Las elecciones de 1994, más aún que las de 1992, produjeron enormes cambios en el sistema italiano de partidos. El nuevo método electoral de selección dio a la coalición derechista de Berlusconi una mayoría en la Cámara de Diputados y casi la mayoría en el Senado. En la Cámara, la derecha, que obtuvo 42.9% del voto popular, hubiera tenido entre 280 y 290 escaños con el antiguo sistema de representación proporcional (menos de los 316 escaños necesarios para la mayoría) y no los 372 que acabó obteniendo; en el Senado, con 39.9% de los votos, hubiera tenido entre 130 y 135 escaños y no los 156 que ganó.

Los mayores vencedores de la derecha fueron Alianza Nacional y Forza Italia. A ésta le fue bien en todo el país, obtuvo mayor parte de los votos con el 21%. Este enorme éxito, sólo meses después de su formación, no tiene paralelo en la Italia de la posguerra. La Alianza Nacional superó sus asombrosos resultados en las elecciones de noviembre de 1993 y se convirtió numéricamente en el tercer partido de Italia, con 13.5%. Ganó votos en todas las regiones, pero el grueso de su fuerza estuvo en Roma y en el sur, donde ganó 21.8%, convirtiéndose en el partido más popular en la región. El tercer miembro de la coalición de derecha, la Liga del Norte, obtuvo resultados mixtos. Contrariamente a las expectativas a fines de 1993, permaneció al mismo nivel que en 1992 (8.4% de la votación comparado con el 8.7%); no obstante, a consecuencia del sistema electoral y del acuerdo de alianza favorable con Berlusconi, en realidad duplicó el número de escaños y ganó algo más que la Alianza Nacional.

Hubo muchos grandes perdedores. Como se predijo, los cinco partidos gobernantes tradicionales se derrumbaron. Estos partidos, que juntos obtuvieron 51.5% de los votos y 57% de los escaños en el Parlamento después de las elecciones de 1992, descendieron a menos del 20% de los votos y a 10% de los escaños en 1994. Sólo el PPI, que obtuvo 11.1%, recibió algo más que un puñado de los votos. El Partido Socialista, que se presentaba como parte de la alianza de izquierda, obtuvo sólo 2.2%. Otro perdedor fue Mario Segni, el dirigente del movimiento en favor del *referéndum* reformista. Segni, encabezando su propio grupo político que se presentó en alianza con el PPI, reunió sólo 4.6%; durante 1993 y principios de 1994, Segni había dilapidado su otrora sustancial popularidad con sus frecuentes cambios de estrategia.

La alianza de izquierda o progresista, como se autodenominaba, también fue una gran perdedora. En 1994 la coalición recibió en conjunto sólo una parte de los votos -34.4%- de la misma magnitud que la que en 1976 había obtenido el Partido Comunista por sí solo en su punto cumbre. En realidad, reuniendo los votos de todos los partidos que se presentaban como parte de la alianza progresista, incluidos los socialistas, la izquierda perdió más de un 8% respecto al 42.8% en 1992. No cabe duda de que la presencia en la alianza de Renovación Comunista, la disidencia de extrema izquierda del PDS, no contribuyó a atraer electores centristas o de centro-derecha a la alianza progresista. El propio PDS ocupó el segundo lugar en la obtención de votos, dando un salto al 20.4 respecto a su 16.1% en 1992, pero fue un pobre consuelo para la aplastante derrota de la izquierda.

A pesar de haber sido el periodo más breve entre elecciones desde 1940, las de 1994 produjeron los mayores cambios en la historia política de la Italia de la posguerra. La victoria de la derecha se puede atribuir a varios factores. En primer lugar, muchos italianos votaron por una ruptura clara con el pasado. Los tres partidos de la coalición derechista captaron el sentido de algo nuevo. A pesar de sus lazos en el pasado con el primer ministro Bettino Craxi, Berlusconi era considerado por muchos electores como algo nuevo. Sus técnicas innovadoras de campaña, en particular el uso masivo de sus tres redes de televisión durante la campaña, reforzaron su imagen y desempeñaron un papel clave en el éxito de Forza Italia. En segundo lugar, aunque son muchos los que ya no tienen el mismo temor al comunismo que en otro tiempo, a los antiguos demócrata cristianos y electores de centro/centro-derecha les era difícil

romper con sus hábitos después de tantos años de voto anticomunista y no estaban dispuestos a votar por la

izquierda. Las encuestas revelaron que muchos defensores de los demócrata cristianos y de los pequeños partidos de centro que no se apegaron a su antiguo partido se desplazaron a uno de los que integraban la coalición derechista en vez de a la izquierda. Por último, después de dos gobiernos que acentuaron la austeridad económica y el sacrificio, Berlusconi presentaba un mensaje económico más optimista con la promesa de bajar los impuestos y la creación de un millón de puestos de trabajo.

Creación de un nuevo gobierno

Formar el gobierno de coalición después de las elecciones no resultó fácil. Los resultados significaban que no era posible ninguna coalición con los tres partidos de derecha. Muchos de los problemas los generaron Bossi y la Liga del Norte. Bossi inicialmente dijo que no estaba dispuesto a apoyar a Berlusconi como primer ministro; argumentó que el emporio de medios de comunicación y de ventas de Berlusconi crearía graves conflictos de interés, tanto como amenaza a la democracia italiana como en términos económicos, aun cuando Berlusconi hubiera renunciado a sus cargos en Fininvest. Bossi también dijo que no estaba dispuesto a servir en un gobierno con la Alianza Nacional, poniendo en tela de juicio sus credenciales democráticas.

Además, había muchos desacuerdos entre los socios de la coalición sobre política. El más grave de todos giraba en torno a las diferentes bases electorales y filosofías entre la Liga del Norte, que quería una federación y atacaba la redistribución de recursos del norte al sur, y la Alianza Nacional, **que** apoyaba firmemente un Estado centralizado y la ayuda gubernamental sustancial al sur. Al final, Bossi, no cabe duda que preocupado por la amenaza de nuevas elecciones inmediatas de las que se le hubiera atribuido la responsabilidad principal, llegó al mejor pacto que pudo y entró en la coalición. Pero era obvio que muchos de los desacuerdos quedaban por resolverse y acechaban a la coalición gubernamental.

Tanto dentro como fuera de Italia, la primera reacción a la formación de este gobierno fue la preocupación que despertó la inclusión en el gabinete de cinco ministros de la Alianza Nacional. Aunque Fini, dirigente de la Alianza, es claramente diferente de los miembros de la extrema derecha en Alemania o en Francia, sigue habiendo elementos fascistas dentro del partido. Alimentaron también las preocupaciones una serie de declaraciones -incluido un cierto elogio a Mussolini- que hicieron Fini y algunos otros dirigentes de la Alianza Nacional poco después de las elecciones. La legitimidad democrática de la Alianza Nacional sigue siendo una cuestión sobre la que los observadores no están de acuerdo. A pesar de todo, el gobierno ganó con facilidad un voto de confianza en la Cámara de Diputados; en el Senado, donde le faltan votos para la mayoría, ganó con la ayuda de unos cuantos senadores vitalicios y algunos del PPI que se abstuvieron, o bien, votaron por el gobierno.

Berlusconi gozó de una luna de miel inicial como primer ministro. También fue alabado por el gran éxito de Forza Italia en las elecciones de mediados de junio al Parlamento Europeo. Ayudaron también a su imagen la visita del presidente de los Estados Unidos Bill Clinton a principios de junio en el L Aniversario de la liberación de Roma y la buena publicidad que recibió en Italia como presidente de la cumbre del Grupo de los Siete en Nápoles a principios de julio. Pero esta luna de miel no **duró mucho**. Las críticas ininterrumpidas al conflicto entre los medios de comunicación de Berlusconi y otros consorcios de empresas y a su papel como primer ministro lo han forzado a ponerse a la defensiva y le han exigido el nombramiento de expertos para redactar la primera ley italiana de conflicto de intereses y a escoger un fideicomisario para que asuma su papel en Fininvest. Además, las investigaciones de los escándalos le han creado problemas: su hermano Paolo, ahora bajo arresto domiciliario, y otros altos funcionarios de Fininvest han sido acusados de autorizar sobornos a funcionarios de Hacienda; no obstante, no se han hecho acusaciones al propio Berlusconi. Casi al mismo tiempo que estas revelaciones, su gobierno, en lo que se dijo que fue una acción para impedir que se abusara de las libertades civiles, emitió un decreto aboliendo la detención preventiva por delitos no violentos. La ley fue atacada de inmediato por una serie de magistrados importantes en las investigaciones "manos limpias" que adujeron que entorpecería su trabajo y más tarde amenazaron con renunciar. Estas amenazas, una fuerte reacción del público y un rápido retiro de su apoyo a la ley por parte de Bossi y de Fini, consiguieron que el decreto fuera retirado después de sólo seis días.

Hasta ahora el gobierno se mantiene unido, pero no lo está más de lo que lo estuvieron los gobiernos previos. Enfrenta importantes decisiones económicas y otras que es posible que dividan aún más a los partidos gubernamentales. No le va a ser fácil lograr que el Parlamento apruebe su programa, sobre todo porque carece de una mayoría estable en el Senado. Pero los partidos de oposición tienen tantos o más problemas. El PPI, ahora sólo una tercera parte del tamaño de la Democracia Cristiana que lo precedió, acaba de pasar por una lucha divisoria en torno a la secretaría del partido que tal vez sea difícil de cicatrizar. Achille Occhetto renunció como secretario del PDS inmediatamente después de los resultados mediocres de su

partido en las elecciones para el Parlamento Europeo. Su sustituto, Massimo D' Alema, debe abordar los mismos problemas que desde hace tiempo enfrentan el PDS y la izquierda en términos más generales y encontrar una estrategia política que conduzca a la victoria electoral. Obtener poder gubernamental parece tan difícil para el PDS hoy como lo fue en las últimas décadas.

La transición política italiana ha comenzado, pero tiene mucho que recorrer. Queda por ver a dónde conducirá el largo proceso de reforma. Será difícil hacer progresos en reformas institucionales, como cambiar aún más el sistema electoral para eliminar el uso de la representación proporcional, garantizar una mayor autonomía regional, fortalecer al Ejecutivo o debilitar el papel del Senado para que ambas cámaras ya no tengan poderes idénticos (un rasgo exclusivo del sistema italiano entre las democracias occidentales). En las próximas elecciones parlamentarias tendrá lugar una ulterior transformación del sistema de partidos. Las investigaciones de la corrupción política del pasado seguirán teniendo repercusión durante algún tiempo, pero las raíces de la democracia seguirán firmemente implantadas en Italia a medida que el proceso de cambio, a tontas y a locas, continúe

Traducción: Isabel Vericat N.

Analista de recursos en la Agencia de Información de los Estados Unidos, Washington, y coautor de dos libros, *Italian Christian Democracy: The Politics of Dominance* (Londres, MacMillan, 1989) y *U.S.-West European Relations in the Reagan Years: The Perspective of West European Publics* (Londres, MacMillan, 1992). Material reimpresso con la autorización de *Current History*, noviembre de 1994. © 1995, Current History, Inc.